

La edición de ANALISIS N° 120 se agotó totalmente. Por eso, ante los insistentes pedidos del público, decidimos repetir en este Extra el texto completo de la entrevista a Mónica Madariaga.

MONICA MADARIAGA PIDE PERDON

• "Pinochet no está dispuesto a dejar el poder". • "Piñera me instruyó para que cerrara los Tribunales del Trabajo". • "Jaime Guzmán terminó con los colegios profesionales". • "Lonquén fue para mí como una verdadera bofetada". • "Yo estoy aquí, ¡júzguenme!".

MONICA GONZALEZ

Mantiene ese halo de seguridad en sí misma y la facilidad de expresión llena de brillo y de soltura que se le reconociera hasta hace tan sólo un año.

En fugaces momentos de vacilación, duda o pequeños gestos de humildad es posible percibir que le es difícil transitar por este nuevo mundo que apenas conoció cuando era "la mujer del Régimen".

En otros momentos, casi sin que ella misma lo perciba, surge la imagen de la Ministra Mónica Madariaga, explicando lo inexplicable, pero con coherencia, poder de convencimiento y con fuerza interior que hacen creíbles los hechos que la lógica rechaza. Esa mujer que sin vacilación alguna y con una escalofriante seguridad en las palabras afirmó ante las cámaras de la televisión que los detenidos desaparecidos era una patraña inventada desde alguna fría oficina de Moscú. La misma que con una mezcla de autoritarismo y tristeza acusó a los curas salesianos de "traición a la Patria" por la publicación "Ven y Verás".

Su relación con el Poder se resquebrajó hasta la extinción cuando la "mujer de la burbuja" asomó la cabeza por primera vez al exterior y respiró aire internacional por orden de su General, el mismo que ella obedeció ciegamente como antes lo hiciera con su padre.

Hay en ella algunos rasgos de timidez que la traicionan. Se la advierte incómoda mientras da sus primeros pasos por una tierra de nadie. Abandonó el alero autoritario y afectuoso, el "microclima" del orden unipersonal, para enfrentarse a un mundo que desconoce y donde sabe la esperan incomprendiones y desconfianzas, porque ella —más que nadie— está conciente de la responsabilidad que le cabe en la transformación de Chile en un país diferente.

Sin ambages se confiesa autora intelectual de gran parte del aparato jurídico que sostiene al Régimen y asume su cuota de complicidad en la responsabilidad de la generación y desarrollo de los grupos de poder que se adueñaron del país.

Hoy, a los 43 años, a pesar del desconcierto que le produce no saber saludar a los que le sonríen y la adulan por la calle, porque dice no sentirse "candidata a nada", entiende que tiene por primera vez la posibilidad de adoptar un camino por sí misma, sin estar a la sombra de un padre real o adquirido. Y a pesar de su prestancia y seguridad, la verdad es que está abrumadamente sola.

El tiempo permitirá juzgar si sus capacidades —reconocidas hasta por sus enemigos— las podrá entregar a una causa noble y justa. Pero está dentro de lo posible que esa misma fuerza interior la conduzca incluso por una vía de autodestrucción a la que tampoco teme.

En todo caso, esta entrevista refleja a



alguien que conoció, probablemente más de cerca que nadie, el ambiente real que se vive en el artillado bunker del detentador del Poder y de sus súbditos.

LOS AÑOS EN LA BURBUJA

—Se hace difícil creer que haya estado tantos años ajena a una verdad, como metida en una burbuja.

—Sí, lo entiendo...

—Pero usted debe admitir que tiene gran responsabilidad en todo lo ocurrido. ¿Cuándo tuvo conciencia, por primera vez, de que le mentaban?

—Yo creo que con lo sucedido en Lonquén. Para mí fue como una verdadera bofetada. Todo aquello que se me hizo creer que era producto de invenciones del marxismo, de pronto, provocó en mí una tremenda duda. Desde luego, no reaccioné al día siguiente, fue un largo proceso...

—¿Cómo podría precisar ese período?

—Fue un tiempo de dolor y de desconcierto. Yo era de aquellas personas que creía en esa "micro realidad" en que estábamos sumidos. Por lo tanto, para mí, cuando mencionaba a los detenidos desaparecidos en la televisión, éstos estaban viéndome y todos los que denunciaban abusos y excesos eran "chuecos". Pero tampoco en el medio en que yo funcionaba se sabía muy bien quiénes eran los "derechos". Era muy complicado...

(Es obvio que para ella es complicado relatar lo sucedido con su vida. Porque la trayectoria de esta ex funcionaria del Régimen no comenzó el 11 de septiembre de 1973. Va

más allá, cuando desde su trinchera en la Contraloría General de la República, confiaba en que algo impidiera a Salvador Allende asumir el Poder.)

—¿Participaba ya en política en los años 70?

—Sólo puedo decir una cosa: cuando mi padre me matriculó en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, mi primera pregunta, al llegar a la Facultad, no fue: "¿Dónde están los baños?", sino: "¿Dónde funciona el grupo liberal?".

—¿Y qué hizo a partir de 1970?

—Llevaba ocho años de trabajo absorbente en la Contraloría General de la República y me dediqué por entero a una labor muy pesada: las intervenciones laborales.

—¿Significó algo para usted el asesinato del general Schneider?

—Me impresioné, pero quiero ser muy honesta: yo estaba ya en esa época por el Golpe de Estado; porque se impidiera a Allende ocupar la Presidencia de la Nación.

—¿Cree que fue idóneo su trabajo en la Contraloría durante la Unidad Popular?

—No. Objetivamente no seguí siendo idónea, pero estaba convencida de que a través de mi gestión era posible seguir defendiendo los valores en que yo creía. Nunca nadie ha entendido el verdadero sentido de la expresión, tan usada en ese entonces, de los "resquicios legales". El abogado Eduardo Novoa Monreal, que acuñó la expresión, no quiso decir que usaba un resquicio existente. Lo que dijo es que frente a una norma que daba amplia potestad de acción, el intérprete, en este caso la Contraloría, cerraba toda posibilidad de

actuar y dejaba sólo un portillo.

—Yo fui quien generó, entre otras personas, esa jurisprudencia. Con mi actitud defendí, o creí defender, el legítimo derecho de propiedad de los dueños de las industrias frente a la acción ilegítima de los trabajadores, que por la vía violenta se apoderaban de las empresas y se las tomaban”.

—¿Qué siente hoy día cuando ve que todas esas industrias que defendió con tanto entusiasmo ya no existen?

—¡Mejor ni lo pienso!

PINOCHET: ¿DE DONDE?

(El 4 de septiembre de 1973, altanera, le replicó a un alto funcionario del Ministerio del Trabajo que le solicitaba cursara rápidamente un decreto a petición del “compañero Presidente”: “No lo haré. Váyase usted a celebrar su triunfo porque mañana yo iré a celebrar el mío”. Y el 11 de septiembre, con asombro, se enteró que el Golpe de Estado lo encabezaba su primo, el general Augusto Pinochet Ugarte).

—Yo estaba muy contenta, pero lo único que no entendí muy bien fue la participación de mi primo Augusto en la Junta de Gobierno, porque yo era una de las personas que estaba muy desencantada con su permanencia en la Comandancia en Jefe del Ejército y no me parecía que con las características personales que le conocía desde hacía tantos años, fuera capaz de impulsar el movimiento.

—No era solamente yo la que no creía: en la Contraloría, en círculos golpistas de los mismos abogados que después trabajaron muy cerca de él, se comentaba: “Con este Comandante en Jefe no vamos a llegar a ninguna parte”.

—¿Cuándo se integró a trabajar junto al general Pinochet?

—Me llamó la primera semana después del 11 de septiembre de 1973. Fui al Ministerio de Defensa donde me recibió un mayor de apellido Zabala, posteriormente marginado. Allí, el Presidente me introdujo a una sala y me presentó a un montón de caras, con uniformes con estrellas y galones, que después supe eran los miembros de la Junta.

—No entendí muy bien lo que pasaba, pero me interrogaban sobre el Secretario General de la Contraloría, don Hugo Araneda. Nombrraron a Hugo Araneda Ministro de Economía, hecho que después no se materializó ya que él tuvo la honestidad de hacer ante la Junta sus planteamientos técnicos durante ocho días consecutivos. Lo enfrentaron en un debate con el equipo de los Chicago y fue descalificado”.

—¿Quién propuso la incorporación del equipo de los Chicago?

—El Almirante Merino. El fue a quien le escuché por primera vez de Sergio de Castro.

(Más tarde pasó a representar a la Contraloría en Conara, Comisión Nacional de la Reforma Administrativa. Allí le correspondió trabajar a las órdenes del coronel Julio Canessa quien, al saber que era pariente de Pinochet, le sacó buen partido al asunto mandándola como relatora ante la Junta de Gobierno, para hacer la exposición oficial de la ley orgánica de esa Comisión).

—Fue ahí cuando me llamó el Presidente para que le formara un gabinete personal. “Necesito una persona que sepa de leyes”; esa fue su frase exacta y terminé por convertirme en su asesora jurídica.

—¿Formaba parte de sus aspiraciones ese rol?

—Era un período tan tumultuoso que no había lugar para trazar objetivos de largo plazo. Tuve que empezar por ganarme un espacio físico. Después de haber sido Jefe de Comité y de División de la Contraloría llegué a un lugar en el que las mujeres sólo servían para secretarías y como tal me situaron en la punta de un escritorio. Cualquier soldado llegaba y me tiraba los papeles por la cabeza o me daba órdenes. Cuando por fin encontré una oficina, nadie se molestó en proporcionarme muebles, salvo un coronel que conocí en los pasillos, Manuel Contreras, que socarronamente me dijo: “No se fije en gastos, comadre”.

—Pero en ese tiempo había dos mundos: el de los que decían iban a construir uno nuevo y el de aquéllos que sentían que una aplanadora se avalanzaba sobre el país. ¿Tenía conciencia de ese otro mundo?

—Yo no sé si llamar cobarde la actitud que tuve entonces por varios años. Quiero ser justa conmigo misma. Tuve la actitud de la avestruz. Se oía decir, no por la prensa ni por expresiones masivas de la gente, que había mucho miedo y sólo a título de rumor: que habían visto un cadáver, que había muerto alguien que ellos conocían, que había desaparecido una persona. Todo dicho muy suavemente, sin protesta. No sé si la palabra cobardía es apropiada o no.

—¿Quiere decir con esto que delante del general Pinochet nunca se conversaba sobre problemas de derechos humanos?

—Nadie. ¡Jamás! Tal es así que cuando yo asumí el Ministerio de Justicia, cuatro años después, esto es cuando ya se había producido el grueso de los casos de detenidos desaparecidos, en un programa de televisión recuerdo haber dicho con mucha vehemencia que los famosos detenidos desaparecidos no existían.

—Usted tenía ojos y oídos, tendrá que haber visto la transformación de su primo.

—En su trato personal era el mismo. Recuerdo que sólo en una oportunidad me devolvió un papel, un borrador que yo había hecho para él y escribió: “El Presidente no ruega ni pide por favor, el Presidente ordena”. A su alrededor toda la gente era de una obsecuencia indescriptible.

—¿Pero habrán existido conflictos, no?

—Lo que yo advertí fue una dura pugna con el general Leigh. Percibí los choques y mil veces solucionamos los problemas con el asesor jurídico de Leigh, Julio Tapia Falk, antes que los conflictos llegaran a otro nivel. Teníamos que hacer verdaderas figuras para evitar los enfrentamientos.

—¿Quiénes eran los principales colaboradores del general Pinochet en esa primera etapa?

—Yo diría que estaban muy cerca el general Enrique Morel, Jefe de la Casa Militar y Edecán presidencial; Julio Canessa; René Escauriza. Fernando Lyon fue en algún sentido postergado por causa mía, pero también estaba.

—¿Y no figuraba el general Sinclair?

—No, él llegó mucho tiempo después. Fue un aparecido en el camino.

—¿Y el equipo de civiles?

—En la parte política, no sé, pero yo veía mucho en el edificio Diego Portales a Alvaro Bardón, que iba a juntarse con el Presidente. Siempre me llamó la atención. También concurría Sergio de Castro, a pesar de que en esa época era un simple asesor del Ministro de Economía, Fernando Léniz.

—De acuerdo con su punto de vista, ¿la política de los Chicago le fue impuesta a

Pinochet?

—No, no es un hombre al que se le puedan imponer cosas. El se convenció de que era la política adecuada. Lo que pasa es que cuando uno pensaba diferente a ellos tenían la virtud de hacernos sentir absolutamente imbéciles, hasta el grado de convertir a cualquier persona lúcida en una especie de bulto. Si a alguien se le ocurría llamar la atención sobre algún aspecto de una medida de índole social, resultaba que esa intervención era descalificada de inmediato como una sensiblería inaceptable.



—¿Pero quiénes pudieron convencer, además, a todos los altos mandos de las Fuerzas Armadas de esa política? ¿Cómo se explica esto?

—Creo que los Chicago tuvieron también la virtud de hacer extensivo su criterio descalificador hacia todo el quehacer gubernamental.

Ellos influyeron mucho en la determinación de la política global del Gobierno. Su acción está perfectamente definida a través de lo que se conoce como "gremialismo", y en esa medida trataron de hacer un país a su manera, no sólo económica sino también políticamente.

—¿Por qué las Fuerzas Armadas aceptaron esa imposición?

—Las Fuerzas Armadas no lo aceptaron nunca. Ellas racionalmente jamás adhirieron a este esquema económico, ni a este esquema político. Simplemente se les impuso por la vía de la verticalidad del mando y a través del no razonamiento. Esa es otra de las características del microclima: en su interior, nadie tiene derecho a razonar y sólo puede hacerlo en el sentido de la corriente, con matices de mayor o menor énfasis en relación a la descalificación del otro.

—Está claro que el Presidente es el que tiene el mando del país. El cree en esta política y sólo tiene dudas en aspectos específicos. Durante el período de Sergio de Castro, éste, con una prestancia increíble y, aún más, con una arrogancia ilimitada, era capaz de descalificar al propio Presidente cuando manifestaba dudas frente al Gabinete. Yo vi cómo ese ministro le contestaba despectivamente a un miembro de la Junta de Gobierno. El Presidente pudo, en algún momento, temer esa descalificación".

—¿Por ignorancia?

—¿No se le podía pedir que fuera un versado en economía! El se aplicó en estudiar pero, ¿quiénes fueron sus maestros? Sergio de Castro y los mismos que estaban impulsando la política que el país conoce.

—Coparon todo el espectro del quehacer nacional. Completo. A mí me llegó hecho en la máquina de escribir de Jaime Guzmán el Decreto Ley que terminó con los Colegios Profesionales. Me lo entregó Sergio Fernández, en ese momento Jefe del Gabinete, quien me dijo: 'Toma, tú como Ministro de Justicia tienes que sacarlo en limpio y convertirlo en ley'."

—¿Por qué se trató de destruir a los Colegios Profesionales si habían colaborado en la gestación del Golpe de Estado?

—Porque formaba parte de la política global del gremialismo. Había que reducir el Estado a términos de tanta insignificancia que no pudiese el día de mañana amagar las pretendidas libertades. El Estado tenía que ser un ente sin poder alguno, que tuviese que golpear las puertas de los vecinos de la sociedad para pedirles prestado un poco de su propia fuerza para adoptar cualquier iniciativa. De lo que se trataba era de transformar en ineficiente al Estado.

—Dentro de esta idea de hacerlo ineficiente vienen a entenderse todas las pautas que conforman la política económica por una vía de libertad-libertinaje y, por otro lado, la supresión de toda forma de grupo intermedio poderoso. Y el Colegio Profesional es ciertamente un grupo intermedio poderoso. Se le destruye por la vía de desatar la ligazón que le daba derecho a un 'mercado cautivo' y se le dice: 'usted tiene ahora adherentes voluntarios'. Es una demostración clara de cómo se procede en el campo político con la mentalidad Chicago. La otra idea del gremialismo que tuve que servir por instrucción de José Piñera fue la supresión de los Tribunales del Trabajo".

—¿No o hubo un solo general que se atreviera a decir que esas políticas eran absolutamente

destructivas? ¿No estaba claro que ellas trajeron consigo la destrucción del conjunto de las estructuras productivas y sociales chilenas?

—Sí, hubo dos generales que lo dijeron. Prefiero no nombrarlos porque sería perjudicarlos todavía más. Déjeme contarle un ejemplo de las cosas que tuve que parar. Un día Miguel Kast me llevó un proyecto para que yo terminara con los notarios y le traspasara la fe pública a los jefes de retenes de Carabineros. Yo imaginaba a mi cabo Pérez siendo un aval de la propiedad raíz y de todo el régimen instrumental de Chile. ¿Dramático, verdad? Ese proyecto se lo entregué como un regalo al Presidente de la Corte Suprema. En otras cosas tuve que ceder para que no arrasaran conmigo como lo hicieron cuando asumí el Ministerio de Educación, donde sólo alcancé a estar ocho meses.

—El no impedir que la aplanadora continuara su destrucción tendrá lógicamente una explicación política.

—Yo diría que hay muchas explicaciones frente a esta situación pero ninguna sirve para justificar el hecho lamentable de que aquellos que tienen una política distinta no han sido capaces de presentar un frente unido tan avasallador, tan compacto y orgánico, y con un sistema tan nítido y preciso como el constituido por los Chicago-gremialistas.

—Por ejemplo, cuando asumió la dirección de Odeplán un hombre que no era Chicago, se encontró con que sus instrucciones se escuchaban con interés al interior de sus oficinas, pero al traspasar las puertas se hacía exactamente lo contrario. Cuando ese ministro averiguó lo que pasaba se encontró con que hasta el portero era obra e imagen de los Chicago. Es decir, Odeplán estaba infiltrado de tal manera que nunca más se iba a poder dar una instrucción que no correspondiera al plan político de ellos. El ministro se transformó en un hombre sin poder, sin mando y sin capacidad de decisión".

¿QUIEN ES SON LOS RESPONSABLES?

(Ha quedado atrás la bulliciosa oficina céntrica de Mónica Madariaga, donde las llamadas telefónicas no paran y decenas de personas desfilan para pedir una y mil cosas a la ex ministra. En la calle se diría que una camina con un candidato a la Presidencia de la República. La gente le sonríe, le pide autógrafos. Lo que más se escucha es: "¡Bien Ministra!".)

—Lo mismo que pasaba en Odeplán —continúa la entrevistada— ocurrió a lo largo de todo el país, en las municipalidades, que se las tomaron todas, y cuando Jarpa pretendió hacer una política diferente se encontró con que tampoco tenía una respuesta del aparato administrativo del país.

—Pero él tuvo la facultad de hacer cambios, de remover personas...

—Dependía de él, pero habfan manejado de tal manera la situación para poner al hombre clave, al gremialista preciso en cada municipio, que si no era el Alcalde era el Jefe de Obras y si no era el Director de Planificación. Se apoderaron de Chile fundamentalmente a través de los Serplac, Servicios Regionales de Planificación, que están todos en manos de los Chicago.

—Pero eso significa una sumisión inaceptable por parte de quienes no compartían esas políticas...

—Déjeme explicarlo. En Justicia yo necesi-

taba equipos para sacar adelante mis proyectos de infraestructura. Debí haberme llamado "Ministro de las Obras Públicas de Justicia". Todos mis proyectos se frustraban en Odeplán, porque no estaban avalados por los Chicago. Debí llamar a Miguel Kast quien me mandó los equipos completos y así tuve que sustituir al abogado Director del Registro Civil para colocar en su lugar a un ingeniero, Saqué al abogado Jefe de la Sindicatura de Quiebras y puse un ingeniero; sustituí al médico Director del Instituto Médico Legal y coloqué en ese cargo a un ingeniero.

—¿Fue el pago que se le exigió?

—Esa expresión no me gusta. Fue la condición necesaria para sacar los proyectos adelante. Estos tenían que ser ejecutados por gente de ellos y yo necesitaba, por encima de cualquier otra consideración, que mi sector creciera, se modernizara.

—¿No se dan cuenta los miembros de las Fuerzas Armadas de la responsabilidad inmensa que están asumiendo al aparecer como autores de la deblacle económica?

—He conversado con muchos de ellos, tanto en Chile como en el extranjero, y me han hecho ver su enorme preocupación por el libertinaje de las políticas impulsadas por los Chicago. Les he hecho ver que ellos debieran representarlo a la jerarquía militar, me han contestado que no sólo no tienen esa misión, sino que no les corresponde hacerlo ni siquiera con su jefe inmediato, porque eso sería romper las normas institucionales de no deliberación.

—Además, ellos no han sido llamados por su Comandante en Jefe y Presidente de la República para hacer un planteamiento personal sobre la conducción del país. Lamentablemente, ellos no pueden hablar".

—Pero si el mismo general Pinochet afirma que las Fuerzas Armadas están íntimamente ligadas a la suerte del Gobierno.

—Están ligadas como institución y, como tales, absolutamente verticalizadas. Estos mismos militares me han sostenido que siendo incluso ministros de Estado nunca pudieron opinar más allá de lo que eran requeridos.

—¿Pero qué pasa con el juicio público al que se exponen?

—Les va a costar bastante a las instituciones de la Defensa Nacional afrontar este juicio. Por eso creo que yo como mujer debo levantar mi voz y decir: "Yo estoy aquí, júzguenme". Con ello quiero dar un ejemplo de valentía, de presencia. Soy una convencida de que las actitudes llaman a imitar más que las palabras.

—Pero para que nos acerquemos a responsabilidades específicas, ¿quién la informaba a usted? ¿A quién le creía ciegamente para no ver la verdad?

—A Manuel Contreras, en primer lugar. Al general Enrique Morel y al general Sergio Covarrubias Sanhueza, ex Jefe del Estado Mayor Presidencial y hoy vice ministro de Relaciones Exteriores.

(Dentro del contexto de todas las afirmaciones hechas por Mónica Madariaga, se descuenta que en primerísimo lugar le creía al general Pinochet.)

—Pero, ¿no se le ocurrió alguna vez tomar usted misma la iniciativa e ir a conocer por sí misma las cosas que estaban ocurriendo?

—Sí, por decisión propia fui en una oportunidad a visitar Tres Alamos. Había allí tres personas que alegaban haber sido torturadas. Me mostraron las marcas. Un médico me acompañó. Lo puso el coronel

Barría a mi disposición y la explicación del médico fue que: "estas son escoriaciones antiguas recidivas (heridas antiguas)"... es decir, usó términos médicos muy serios y yo salí tranquila, convencida de que en ese recinto no se aplicaban torturas.

"Lo creí hasta que me tocó ir a un Congreso de Ministros de Justicia en Caracas, y el Embajador chileno Rigoberto Díaz organizó una recepción en mi honor. En esa fiesta me encontré con el médico de mi visita a Tres Alamos. Lo saludé con mucha efusividad diciéndole: "Doctorcito, ¿qué hace usted aquí?". Me respondió entre risueño y molesto que él no era médico, que era el coronel equis y que había tenido que hacer el 'show' porque yo hacía demasiadas preguntas".

(Es bueno aclarar que a esas alturas ya debía haberse incubado en ella más de alguna sospecha de que las torturas no eran una invención de los enemigos marxistas.)

ASUMO MI RESPONSABILIDAD

—¿Qué pasa con Mónica Madariaga cuando se enfrenta a la madre de un detenido desaparecido, cuando se encuentra cara a cara, por ejemplo, con el padre de José Manuel Parada?

—Cuando me encontré con Roberto Parada fue un instante de gran emoción. Por alguna circunstancia yo quise con mis manos, con mis ojos, con mi actitud decirle: perdón.

—¿Por qué pide perdón?

—Por tantos perdones que en este país no se han pedido. Es porque yo estoy asumiendo responsabilidades que no se han asumido. Es porque yo colaboré y estuve en el centro de cosas que no han sido buenas.

—Yo supongo que en este perdón va implícito el asumir responsabilidades.

—Ciertamente. El perdón se nutre de la verdad. No se puede perdonar lo que se desconoce. Se perdona el hecho conocido a cabalidad. El perdón es más fácil, además, cuando hay valentía, cuando quienes deben ser perdonados están dispuestos a afrontar sus propias responsabilidades. Me da mucha lástima cuando veo de candidatos a algo, a cualquier cosa, a gente que tiene tanta responsabilidad en la gestión de este Gobierno y nadie les pide cuentas.

—¿Como quién, por ejemplo?

—No quiero nombrarlos. Me refiero a gente que preside grupos de análisis muy importantes, a quienes se debe lo más importante y masivo del exilio, porque bastaba que se les preguntara si alguien tenía algún impedimento para retornar para que ese impedimento se creara. Yo me pregunto, ¿quién les va a pedir cuentas en el futuro? ¿Van a ser capaces esas personas de asumir con valentía, con la frente en alto, sus propias responsabilidades?

—Pero sigamos con sus responsabilidades. A su haber tiene muchas leyes de las que se han llamado destructoras de la institucionalidad democrática chilena...

—Yo puedo mencionar una por una mis leyes. Es un balance que me choqué bastante cuando lo vi en el informe de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Es un balance que me corresponde en gran parte.

—¿Tiene cabal conciencia de su obra y de su utilización?

—Sí, siento mucha molestia conmigo misma por la incapacidad que tuve de ver que un hito puesto al lado de otro hito constituía poco a poco un cerco.

—¿Sigue manteniendo la opinión que manifestara hace poco tiempo en relación a que era imprescindible la existencia de la CNI?

—Creo que hoy día está absolutamente demás, ya que tenemos que ir eliminando a todas las instituciones que son ajenas a la democracia. Hoy miro el terrorismo en una dimensión absolutamente distinta de la que tenía desde el interior del "micro clima". Debemos tener organismos policiales tales como Carabineros e Investigaciones, pero las Fuerzas Armadas deben volver a sus roles específicos.

—Es difícil pensar en esa vuelta a la normalidad cuando los procesos en curso indican que los actos de violencia son provocados por los propios hombres de los aparatos de seguridad. Más difícil es aún tener confianza en la Justicia cuando los culpables, perfectamente identificados, de hechos inéditos en la historia de este país, están cubiertos por una ley de amnistía que usted misma ayudó a dictar.

(Por primera vez el rostro relajado, la palabra vehementemente por momentos se crispa en un segundo. Su voz, después de un largo suspiro, apenas se escucha.)

—Lo he dicho en todos los tonos, bajo todas las formas, los propósitos de la ley están explicitados en sus considerandos: la unidad, el perdón. Si esa ley se ha aplicado mal, encubriendo y protegiendo cobardías no es problema de la ley. Es un problema de los hombres que no han sabido usar el instrumento.

—¿No le parece injusto que sólo sean procesados los hombres que son sólo peldaños intermedios de una tremenda maquinaria de muerte que tiene otros responsables intelectuales y materiales?

—Espero que la Justicia encuentre la verdad. En el caso de los tres profesionales asesinados por degollamiento estoy intuitivamente convencida, pero mi convicción definitiva es que los autores no fueron los carabineros.

—¿Quiénes fueron entonces?

—No lo sé. Alguien montó la trama. Como se han armado otros escenarios en Chile. Hasta el show de la araña del trigo que marchaba sobre Santiago y que terminó justamente cuando comenzó el Festival de la Canción de Viña del Mar el año antepasado. La araña impidió que se vinieran los graves problemas que vivió el país en ese momento. Alguien trató de deslindar responsabilidades por la muerte de Tucapel Jiménez y ese alguien degolló o hizo degollar a Parada, Guerrero y Nattino.

EL DÍA QUE LLEGUE MI HORA

(Han sido tres largas sesiones. En el escritorio hay abundancia de fotos, diplomas, testimonios de once años y también del corto trecho que recién comienza a recorrer. Las fotos de Ministerios que ella integró no han sido descolgadas. "Las conservo —dice Mónica Madariaga— para que no se me olvide que yo también soy parte del proceso".)

—¿Le incomoda el halago que recibe hoy día de la gente de la calle?

—Me molesta y no. El problema es encontrar mi propia actitud adecuada. Yo no soy candidato a nada para andar saludando por la calle.

—Pero le gustaría ser una autoridad elegida,

¿no?

—Obviamente. Siempre tuve ese dolor en mi conciencia.

—¿Porque se sabía una autoridad impuesta?

—Claro y siempre dije con mucha vanidad que me sentía representando a mucha gente a pesar de que no me habían elegido.

—Cuando estaba en la Contraloría, ¿su meta era ser Contralor?

—Sí, mi mundo era la Contraloría y esa era mi meta.

—Y cuando fue Ministro, ¿su meta era ser Presidente de la República?

—No, nunca.

—¿Qué opina de la oposición al Régimen Militar?, ¿cree usted que está unida hoy día?

—Es lo que hay que lograr. Cuando se pospongan los mezquinos intereses personales, el afán de figurar de los pequeñitos, el ansia de poder de los más chicos aún. El día que todos los chilenos, pasando por su propia vida, sean capaces de tomarse la mano, ese día no va a haber posibilidad alguna de metralletas disparando porque tendrían que matar a once millones de chilenos. Nos va a costar empezar a vivir en democracia. Para la democracia se requiere educación...

—Y para la democracia se requiere primero obtenerla.

—En este momento no estamos haciendo nada los chilenos para lograrla. Somos una pobre y miserable bolsa de gatos que damos un triste espectáculo ante el mundo. Hay un solo grupo que se ríe, el grupo del micro clima que tiene bonito colorido y un medio-ambiente grato.

—¿No ha pensado en la posibilidad de jugar un rol político?

—El día que llegue mi hora sólo lo va a decidir el pueblo de Chile.

—¿No teme por su vida?

—En absoluto. Redacté un testamento político en la OEA y dice: "Que no sea en vano". El día que me pase algo yo sé que muchos se encargarán de hacerlo cumplir.

—¿Cree usted que la lealtad que mantuvo con el Régimen durante once años se asemeja mucho a la verticalidad del mando?

—Absolutamente, pero por favor no diga la lealtad "que tuvo", diga la "que tiene", porque si no la tuviera...

—¿Sigue siendo leal?

—Leal a los principios en los cuales creí. Leal a la gestión en la cual colaboré. Pero por sobre todo soy leal con mi país.

—Usted dijo una vez que las personas que no eran leales no merecían el calificativo de seres humanos.

—Soy una convencida de ello. En la lealtad a la vida, al hombre, a la integridad física y psíquica, a la libertad. Esas son lealtades: a los principios. Cuando todas esas lealtades son traicionadas y uno descubre que se habla de libertad cuando ella se ha perdido; cuando se habla de dignidad del hombre y hay muertos; cuando se habla de derechos del hombre anteriores y superiores al Estado y hay apremio físico, amedrentamiento, represión y violencia.

—¿Corrupción también?

—¿Corrupción también!

—Usted conoce muy bien al general Pinochet: ¿Cree que él está dispuesto a escuchar, a entender y a dejar el Poder en algún momento?

—No. ¡Y porque lo conozco bien mi respuesta es no!